

ADAPTABILIDAD

Ahora lo odiaba. Todo lo que en un principio la maravilló: la exagerada puntualidad, el orden, la limpieza, la libertad sexual, la cortesía, el respeto, las múltiples actividades de las mujeres fuera del hogar, el control estricto de la natalidad, amén de las cosas prácticas, como las comidas preparadas, la multitud de aparatos eléctricos que facilitan las labores del ama de casa, las baratas en las tiendas. Sí, ahora odiaba todo eso. Además odiaba el falso interés que ponían en las charlas sociales sobre las costumbres de su país de origen, como cuando alababan el color de su piel o lo negro de sus ojos. Hipócritas, eso es lo que son. Hipócritas y egoístas. Se creen superiores por su blancura y su dinero, pero viven esclavizados a los mismos. Presumen de libertad y no pueden echarse un pedo en su departamento sin ser acusados al conserje del edificio por exceso de ruido.

Todo esto lo hubiera podido aceptar, desde la feroz competencia por ser más que los demás hasta el clima atroz que impedía ver el sol del que tanto renegaba en su tierra, si su esposo hubiera seguido siendo el mismo que cuando se casaron. Un hombre alegre, fiel, feliz de estar rodeado de amigos y de su familia política, capaz de ingerir las comidas picantes y las bebidas que quemaban al ser ingeridas, religioso y adaptable a todo y a todos. Ahora es el primero en burlarse de las costumbres salvajes y anticuadas de su esposa y de los paisanos de ella. Imagínense, decía a su amigos entre carcajadas, si no serán primitivos, que todavía viven como los hombres de la edad de piedra, ya no en una cueva, pero sí en un departamento, todos juntos: abuelos, padres, hijos y nietos, las mujeres se reproducen año tras año, comen maíz como los cerdos y no pueden estar sino rodeados de ruido. Ella se reía con él comentando que era un exagerado, que en su tierra todos vivían igual que aquí. Aceptó trabajar por insinuaciones de él y aún acostarse con sus amigos. Es lo civilizado. Cuando la hizo abortar, no porque sospechara que el hijo no fuera propio, pues eso nunca lo preguntó, sino por que aún no lo habían planeado. Primero hay que ganar dinero suficiente y después ya veremos, dijo como único comentario.

Ahí empezó el odio.

A partir de ese día fue otra, dejó de hablar la lengua materna, terminó la amistad que la unía con un grupo de compatriotas, imitó paso a paso a todas las mujeres que la rodeaba. Así cada día exigía más y más a su esposo. Ella necesitaba coches, pieles,

alhajas, Él tenía que ser superior a los demás. Los que la conocían aseguraron que si no fuera por el color de la piel y los ojos, podía pasar por una mujer del lugar, que mayor adaptabilidad no habían conocido.

Su triunfo fue completo. Cuando su marido le insinuó regresar a su país donde la vida es más fácil, que él ya estaba agotado, ella simplemente sonrió y dijo que no.

Poco tiempo después el marido murió dejándole todo a ella. Ahora se casó por segunda vez con un mexicano. Ya empezó a adaptarse a él y a sus costumbres.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007